

En cuanto á Petrus, estaba pagado para quererle: hubiera obrado mal al disecar, como lo hacía Ludovico, un hombre que no le podía más que libertad para colmarle de riqueza.

Confesaremos sin embargo que ciertas locuciones familiares del capitán y sobre todo la de *viejo lobo marino*, le irritaban extraordinariamente.

El capitán no había, pues, excitado en los tres jóvenes una simpatía vehemente y absoluta; y en efecto, era difícil hasta para Petrus y Juan Robert (los más dispuestos á fraternizar con el capitán) entregarse abiertamente á un personaje tan fantástico y tan completo como el capitán Pedro Berthaut de Monte-Haubán; cándido y sencillo en apariencia, admirador de todo, aficionado á todo, que se dejaba arrastrar francamente por sus impresiones, y que no veía en nada, que no era aficionado á nada y se dejaba descubrir en ciertas palabras por hombre hastiado.

Jovial en algunos instantes, parecía en otros un director de funerales. Era un compuesto de los elementos más heterogéneos; una mezcla inexplicable de las más brillantes cualidades y de los más inmundos defectos, de los más nobles sentimientos y de las más bajas pasiones: sabio unas veces, y según ya hemos indicado hasta rayar en la pedantería, se presentaba en otros momentos como el ser más ignorante de la creación. Hablaba admirablemente de pintura y no sabía hacer una oreja; comentaba perfectamente la música y no sabía dar una nota. Había pedido una mañana para leerlo á la noche el *Gúelfos y Gúbelinos*, y después de haberlo leído indicó á Juan Robert el principal defecto del drama con tal precisión y claridad que el joven autor le preguntó:

— ¿Tengo quizás el honor de hablar con un colega?

— Un aspirante á colega cuando más, respondió él modestamente, aunque pudiera reclamar mi parte de colaboración en algunas tragedias representadas á fines del siglo pasado, y principalmente de la tragedia *Gegoveva de Brabant* hecha en comandita con el ciudadano Cecile y representada por primera vez en el teatro del Odeón el 14 de brumario del año VI.

Así pasaron ocho días. Condujeron al capitán á todos los teatros de París: condujéronle también á pasear á caballo al bosque de Bolonia, y se mostró en este ejercicio hábil jinete. En fin, se imaginaron para él todo género de diversiones, y el capitán conmovido hasta llorar anunció á Petrus que antes de mucho recibirían sus dos amigos pruebas inequívocas de su gratitud y de su amistad.

## CAPÍTULO XVII.

### LOS GABINETES RESERVADOS.

Llegó por fin el domingo en que debía verificarse la primera audiencia para retratar á la niña Abeja. Petrus esperaba desde las ocho de la mañana, aunque sus parroquianos no debían llegar hasta las doce.

Á las diez hizo que preguntaran al capitán si quería almorzar con él.

Pero Juan le contestó con cierta discreción inteligente que el capitán no se había retirado desde el día antes.

Petrus experimentó un sentimiento de bienestar con el anuncio de aquella ausencia.

Temía que Regina topase casualmente con el capitán.

Si una naturaleza como la de Ludovico, como la de Juan Robert y aun como la suya sentían á veces algo de copugnancia delante de aquel hombre, ¿qué no experimentarían con su vista la organización aristocrática de Regina?

Parecía á Petrus en aquel momento, que hubiese preferido confesarse arruinado y decir que tenía que vender sus muebles, á declarar que tenía probabilidades de llegar á ser cuatro veces millonario heredando de su padrino.

Así dió orden á Juan de decir al susodicho padrino, que Petrus se hallaba en sesión, si por casualidad aquél se retiraba mientras Regina estuviera en el taller.

Y tomadas estas precauciones almorzó sin separar la vista del reloj.

Á las once preparó su paleta con la mayor lentitud posible.

Á las once y media empezó á dibujar con el lápiz blanco la composición de su cuadro.

Á las doce se paró un coche delante de la puerta de su casa.

Petrus posó la paleta sobre una silla y corrió al pico de la escalera.

La casualidad le favorecía desde el primer día.

Regina sola acompañaba á la niña Abeja.

Ya hemos dicho que Regina había escogido un domingo para la primera sesión.

La marquesa de la Tournelle no creyó poder dispensarse de oír la misa mayor en su parroquia de Saint-Germain-des-Prés.

Regina pues había logrado *por aquel día* ir sola con Abeja.

Y Abeja se lanzó á Petrus con todo género de demostraciones cariñosas.

Hacia mucho tiempo que no le había visto.

Regina tendió la mano al pintor.

Petrus cogió aquella mano, separó con los labios las puntas donde estaban el ojal y el botón del guante y besó por la abertura prolongada y tiernamente con ese murmullo sordo y alegre de aquel cuya dicha es tan grande que no puede permanecer callado.

Después enseñó á ambas los preparativos que había hecho.

Regina aplaudió completamente la disposición del cuadro. Abeja se quedó extasiada con las flores que la esperaban.

Petrus había despojado el día antes, para procurárselas, los invernaderos del Luxemburgo, y del Jardín de Plantas.

Comenzó el trabajo.

Hacer el retrato de Regina había sido un goce.

Hacer el de Abeja fué una embriaguez.

Para el primero Regina había sido el modelo.

Para el segundo Regina era la consejera.

Aquel título de consejero le daba derecho para acercarse á Petrus, apoyarse en su hombro y ocultarse con él tras del lienzo.

Y entonces en aquellos momentos rápidos como el relámpago y como él abrasadores, los cabellos de la joven tocaban el rostro de Petrus; sus ojos le contaban todos los mágicos ensueños del amor; sus labios le acariciaban con un aliento que si hubiese estado moribundo le habria vuelto á la existencia, y que vivo como estaba le transportaba al cielo.

Después, una vez dado el consejo, Petrus comenzaba nuevamente á trabajar con mano temblorosa y sin apartar la vista de Regina.

¿Y para qué necesitaba él mirar á Abeja? ¿No hubiera retratado á aquella niña con los ojos cerrados?

Era también preciso decirse algo, no porque los amantes sintiesen necesidad de ello, que bien les bastaba para comprenderse mirarse y sonreír eternamente; sus miradas, sus sonrisas decían más que sus palabras.

Sin embargo debían hablar.

Así, pues, Petrus contó la desaparición de Rosa de Noël la desesperación de Ludovico, la promesa de Salvador y el extraño juramento de Ludovico de casarse con Rosa aunque fuese rica.

Regina, á su vez, contó que Carmelita había cantado delante del Sr. Sosthenes de la Rochefoucauld, y había obtenido un éxito brillante así como una orden para debutar en la Ópera.

Después pidió Petrus noticias de Mad. de Marande.

Mad. de Marande continuaba siendo la mujer más dichosa de la tierra.

Mr. de Marande hacia en verdad todo género de locuras por una nueva querida; pero tenía al mismo tiempo tantas consideraciones con su mujer, la dejaba en tan entera libertad, que con la posición de corazón y de inteligencia á que había llegado Mad. de Marande, no podía sentir hacia su marido más que profunda gratitud.

Por lo demás los asuntos pecuniaros y políticos del banquero marchaban maravillosamente; iba él á partir para Londres con objeto de hacer un empréstito de sesenta millones al gobierno español, y era evidente que Mr. de Marande sería nombrado ministro al primer giro liberal de la política del rey.

Después exigió Regina noticias de Fresolina.

Veía muy de tarde en tarde á aquella niña que se ocul-

taba bajo su dicha, como se oculta bajo la hierba la flor de su mismo nombre.

No era, pues, extraño que Regina preguntase á Petrus por Fresolina.

El tiempo corría en estas dulces ocupaciones con una rapidez que fácilmente se comprenderá. ¡Pintar una cara de niña, mirar una bellísima cara de mujer, cambiar con la niña sonrisas y con la joven miradas, palabras y casi besos!

El reloj llamó con su campana la atención de Regina.

— ¡Las cuatro! gritó.

Los jóvenes se miraron.

Apenas les parecía que hubiesen pasado juntos veinte minutos. Y fué necesario separarse.

Mas había sesión á los dos días y en la noche del día después, es decir, entre el día siguiente y el subsiguiente. Regina esperaba poder consagrar á Petrus una hora en el pequeño invernadero del baluarte de los Inválidos.

Regina salió con la niña Abeja.

Petrus las miró inclinado sobre la escalera hasta que desaparecieron.

Después corrió á la ventana para verlas aún otra vez en el momento en que subiesen al coche.

Por último, siguió el coche con los ojos todo el tiempo que pudo seguirle.

Entonces cerró la ventana y la puerta del estudio como si temiese que se evaporara el perfume de su encantadora visita.

Tocó todos los objetos que había tocado Regina. Encontró su pañuelo de batista que Regina había dejado allí por olvido ó acaso de propósito; le cogió con ambas manos y sumergió en él todo su rostro para respirar y tocar su perfume.

Y estaba totalmente absorto en aquella delicia cuando entró el capitán de manera gozosa y brusca.

Había encontrado por fin en la nueva Atenas una casa que le convenia. El día inmediato debía extenderse el acto de venta ante notario, y la semana siguiente debía el capitán tomar posesión.

Petrus hizo al capitán mil felicitaciones.

— ¡ Ah, muchacho ! le dijo el marino, ¡ parece que te satisface el verme marchar !

— ¡ Á mí ! dijo Petrus ; pues me sucede lo contrario, y la prueba es que puede Vd. conservar su habitación amueblada en mi casa á título de casa de campo.

— Á fe mía no diré que no, contestó el capitán, pero bajo la condición de que pagaré el alquiler y fijaré yo mismo su precio.

El arreglo fué aceptado por ambas partes.

Los tres amigos se citaron para comer ; Juan Robert y Ludovico llegaron á las cinco.

Ludovico seguía muy triste ; no se tenía noticia alguna de Rosa de Noel. Salvador no había vuelto á parecer en su casa más que por rápidos y raros instantes, y sólo para dar noticias de su vida á Fresolina que no le esperaba hasta el día siguiente por la noche ó el subsiguiente por la mañana.

Para distraer á Ludovico, por cuyos pesares el capitán parecía interesarse de veras, se resolvió ir á comer á Saint-Cloud.

Ludovico y Petrus debían ir en la berlina.

Juan Robert y el capitán, á caballo.

Á las seis se pusieron en camino. Á las siete menos cuarto los cuatro compañeros estaban en un gabinete de la casa de Legriel.

Había numerosa y alegre concurrencia en la fonda ; principalmente en el gabinete contiguo al de los amigos se oía un diluvio de palabras ruidosas y de risas alegres.

Por de pronto no repararon en ello los cuatro recién llegados ; tenían hambre y el ruido de platos y cucharas cubrió algún tiempo el ruido de voces y de risas.

Pero en breve pudo Ludovico escuchar con mayor atención. Era el más triste, por consiguiente el menos distraído de los cuatro.

Sonrió al escuchar imperceptiblemente.

— Bueno, exclamó, hé aquí una voz y hasta pudiera decir dos voces que conozco perfectamente.

— ¿ Sería por casualidad, preguntó el capitán, la voz de la encantadora Rosa de Noel ?

— No, por desgracia, contestó Ludovico suspirando, es una voz más alegre pero menos pura.

— ¿ Qué voz es ? preguntó Petrus.

Una carcajada que recorrió todos los gabinetes de la galería interrumpió la conversación en el de los cuatro compañeros.

Es verdad que los tales gabinetes destinados á encerrar cinco ó seis personas cada uno en los casos de gran concurrencia, no estaban separados más que por tabiques de lienzo cubiertos de papel.

— En todo caso, dijo Juan Robert, las risas son francas y abiertas : respondo de ello.

— Y puedes responder, querido amigo, porque las dos mujeres que están en el gabinete inmediato son la princesa de Vanves y la condesa de la Pala.

— ¡ Canta-Lilas ! dijeron á un tiempo las voces de los dos amigos.

— La misma : escuchad si no.

— Señores, dijo Juan Robert que parecía algo embarazado, ¿podemos nosotros sin faltarnos escuchar lo que dicen en otra habitación?

— Pues hombre, dijo Petrus, desde el momento en que hablan bastante alto para que lo oigamos, claro está que los que ahí están no guardan secreto.

— Perfectamente pensado, añadió Pedro Berthaut, y yo, caro ahijado, tengo sobre el particular una teoría muy semejante á la tuya: sólo que al par de las dos voces femeninas he creído escuchar una voz de hombre.

— Vos no podéis ignorar, querido capitán, dijo Juan Robert, que toda voz tiene su eco; en general el eco de una voz de mujer es una voz de hombre, mientras que el de una voz de hombre es una voz de mujer.

Puesto que tan hábil eres para reconocer timbres humanos, preguntó Petrus á Ludovico, ¿sabes á quién pertenece esa voz de hombre?

— Me parece, respondió Ludovico, que podría nombrar al caballero sin equivocarme más que cuando nombré á las mujeres, y vosotros mismos, si tenéis á bien escuchar, no tardaréis en desechar vuestras dudas.

Escucharon al momento los jóvenes.

— Déjame desmentirte, princesa, del modo más político que pueda, decía la voz.

— Cuando te digo y te juro que es la verdad pura como si la oyeras venir del cielo.

— ¿Qué me importa que sea esa una verdad, si es una verdad inverisimil? Dime una mentira creíble y te la creeré.

— Pregunta si no á Paquerette; ella me apoyará.

— ¡Oh! ¿qué gran garantía! Señá Arnoult respondiendo de Mad. Dubarry: la condesa de la Pala garantizando á la princesa de Vanves, Paquerette á Canta-Lilas.

— ¿Oís? interrumpió Ludovico.

— ¿Seguimos, pues, quemando petardos, Mr. Camilo dijo Canta-Lilas.

— Más que nunca, princesa, y esta vez tengo una razón para obrar así, y es la de que lo hago en honor de vuestro hotel de la calle de la Bruyère y de vuestros cuatro caballos alazanes y de vuestros dos jockeys vestidos de color de cereza, todo adquirido gratuitamente.

— No me hables de eso; creo que el dador me está ya buscando disputas y que sólo trata de verme coronada.

— No; quizás te reserve para el matrimonio.

— Eres una imbécil; ¿si está casado!

— ¡Cómo, princesa, vives con un hombre casado! Hé ahí una cosa muy inmoral.

— ¡Toma! ¿pues qué sois vos?

— ¡Yo estoy tan poco casado! Y por otra parte, yo no vivo contigo.

— No, coméis conmigo: eso es todo. ¡Ah! Mr. Camilo, ¿cuánto mejor hubierais hecho en casaros con la pobre Carmelita ó más bien en escribirla á tiempo que ya no la amabais! se hubiese casado con Colombán, y no estaría hoy enlutada como lo está.

Y Canta-Lilas exhaló al decir esto un profundo suspiro.

— ¿Y quién diablos había de esperar eso? dijo el indiferente criollo. Se hace la corte á una mujer y hasta se llega á ser su amante sin contraer por eso la obligación de casarse con ella.

— ¿Qué monstruos! exclamó la condesa de la Pala.

— Yo, continuó el joven, no violenté para nada á Carmelita, como tampoco á tí, Canta-Lilas; veamos, sé franca, ¿te he obligado á que me quieras?

— ¡ Oh Mr. Camilo ! no comparéis la una con la otra ; Carmelita es una niña honrada.

— ¿ Pues y tú ?

— ¡ Oh ! yo no soy más que una buena joven. Y aun así si no me hubiera caído y si no me hubiese quedado desmayada, las cosas no habrían pasado de este modo.

— ¿ Y no habría pasado tampoco lo que pasa con tu banquero ?

— Pero si con mi banquero no ha pasado nada.

— Vamos, te empeñas en eso. Ya sabes que Salomón dijo : « Hay tres cosas en este mundo que no dejan rastro ni huella : el paso de un pájaro por el aire, el paso de la serpiente sobre las piedras y el paso del hom... »

— Lo único que sé, interrumpió Canta-Lilas, es que con todo vuestro talento no sois más que un tonto, Mr. Camilo de Rozán, y que me gusta mucho más mi banquero aunque me ha dado cien mil francos, que vos que nada me habéis dado.

— ¡ Cómo que nada te he dado, ingrata ! ¿ Pues y mi corazón no le cuentas ?

— ¡ Oh ! vuestro corazón : es precisamente lo mismo que el pollo de cartón que he visto sacar el otro día en el escenario de la Porte-Saint-Martin. Lo sirven en todas las representaciones y nadie lo toca jamás. Veamos, preguntad si me espera mi carruaje.

Camilo llamó y apareció un criado.

— Primero la cuenta, dijo el eriollo, y después preguntad si está esperando el coche de la señora princesa.

— Está ya á la puerta.

— ¿ Me llevas á París, princesa ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Y tu banquero ?

— Mi banquero me deja en entera libertad, y por otra parte, debe hallarse á estas horas caminando á Inglaterra.

— ¿ Entonces aprovecharás la ocasión para enseñarme tu nuevo hotel de la calle de la Bruyère ?

— Con mucho gusto.

— ¿ Qué dices tú, condesa de la Pala, espero que con este ejemplo concebirás buenas esperanzas ?

— Si, exclamó Paquerette, como si hubiera en el mundo dos Marandes.

— ¡ Cómo ! gritaron coetáneamente los cuatro jóvenes, ¿ es Mr. de Marande quien hace tales locuras por Canta-Lilas ? ¿ Será esto cierto, Juan Robert ?

— No quería nombrarle, dijo Juan Robert, riendo ; mas puesto que Paquerette ha tenido esa indiscreción, debo confesar que yo también he oído narrar este suceso por persona que debe estar bien informada.

En aquel momento la princesa de Vanves en traje elegante pasó delante de la puerta del gabinete, dando el brazo á Camilo de Rozán y seguida por Paquerette. No cabían en el pasillo de la fonda los anchos vuelos de los trajes de aquellas mujeres, sino caminando una delante de la otra.

## CAPÍTULO XVIII.

### CATÁSTROFE.

El día siguiente á las diez de la noche estaba Petrus emboscado detrás de un árbol corpulento del boulevard de los Inválidos, frente al hotel del mariscal de Lamothe-

Houdón con la esperanza de ver realizada la promesa hecha por Regina.

Á las diez y cinco minutos se abrió suavemente la puerta y apareció la vieja Anita.

Petrus se deslizó por la gran calle de tilos.

— Al círculo del centro, ¿no es verdad? preguntó á la vieja nodriza.

— ¡ Oh ! no llegaréis allá sin encontrarla, dijo ésta.

Y en efecto, antes de que Petrus llegase al fin de la calle, su brazo estaba enlazado al de Regina.

— ¡ Qué encantadora sois, Regina mía, cumpliendo vuestra promesa ! ; y cuánto os amo ! ; y cuánto os lo agradezco ! exclamó el joven.

— ¡ Callaos, dijo la joven, no vayáis á decir eso alto !

Y le puso sobre la boca una mano que Petrus besó con entusiasmo.

— ¡ Oh, Dios mío, qué locura tenéis esta noche !

— Tengo delirio, éxtasis de amor ; Regina, tengo esa esperanza que me habéis dado de vernos un mes en libertad, de veros todos los días en mi casa, de veros aquí por la noche...

— No diariamente.

— Pero con la mayor frecuencia posible... Regina, cuando mi dicha esté en vuestras manos, ¿tendréis valor para jugar con ella ?

— Tranquilizaos en ese punto, amigo [mío, vuestra dicha ¿no es también la mía ?

— ¿ Y me preguntabais qué es lo que tenía ?

— Si.

— Es que tengo miedo, es que tiemblo al venir y al esperar á la entrada.

— No habéis esperado mucho, ¿ eh ?

— No, no, y os lo agradezco con toda mi alma ; es que al venir y al esperaros tenía estremecimientos en el corazón.

— ¡ Pobre amigo mío !

— Y me repetía : ¡ Oh ! voy á encontrarla llorando, desesperada y va á decirme : « Petrus, imposible ; os he recibido esta noche para deciros : No os veré mañana. »

— Pues bien, ya lo veis, amigo, en vez de estar desesperada y llorosa, estoy contenta y risueña ; en vez de deciros « no os veré mañana, » os digo : « Petrus, mañana á las doce en punto estaré en vuestra casa. » Solamente que esta vez estará conmigo la Abejita y también la tía : pero ¡ bah ! la tía ve mal con sus anteojos, y es tan coqueta que no se los pone más que cuando se halla absolutamente forzada á hacerlo ; además, se duerme de tiempo en tiempo, y cuando está durmiendo ve menos aún que cuando no tiene puestos los anteojos : por lo cual nuestros ojos, nuestras manos, el roce de mi vestido, mi inclinación sobre vuestro hombro para estudiar el parecido desde más cerca, todo esto, Petrus, ¿no es todavía una alegría, una dicha, un delirio comparado con el dolor de no vernos ?

— ¡ Oh ! ; no vernos, Regina ! ; no pronuncéis esa palabra ! es el continuo tormento de mi corazón pensar que puede llegar un momento en que ya no os vea.

Regina levantó ligeramente sus bellos hombros.

— ¡ No verme ya ! dijo ; ¿ y qué poder en el mundo puede impedir que yo os vea ? Ese hombre. Bien sabéis que yo nada tengo que temer de él. ¿ El mariscal ? el mariscal sólo si llegase á saber nuestro amor... ¿ pero quién se lo dirá ? nadie, y aunque se lo digan, yo mentiré, yo diré que no es verdad. ¡ Oh ! sería bien duro, sin embargo, decir que no os amo, mi querido Petrus, y no sé si tendría valor.

— ¡ Mi amada Regina ! ¿ de manera que nada ha cambiado en la embajada ?

— Nada.

— ¿ Y se marcha por supuesto á fines de esta semana ?

— En este momento en está las Tullerías para recibir las últimas instrucciones.

— Con tal de que así suceda...

— Así sucederá ; parece que está resuelto en consejo de ministros ; ¡ oh ! si no fuera tan fastidioso hablar de política, os referiría toda la conversación que he oído entre mi padre y Mr. Rappt, y eso os tranquilizaría completamente.

— ¡ Oh ! hablad, hablad, ¡ querida Regina ! desde el momento en que la política puede influir para que yo os vea, la política es para mí el estudio más interesante á que pueda dedicarse la inteligencia humana.

— Pues bien ; se trata en estos momentos de formar un nuevo ministerio.

— ¡ Ah, diablo ! Esto me explica la ausencia de mi amigo Salvador, dijo gravemente Petrus ; está trabajando en ello.

— ¿ Qué decis ?

— Nada ; continuad, querida Regina.

— Este ministerio se compone de Mr. Martignac, de Mr. de Portalis, de Mr. de Caux, de Mr. Roy ; (habían ofrecido el ministerio de Hacienda á Mr. de Marandé, pero no lo ha aceptado), de Mr. de la Ferronnays, y puede ser de mi padre... Pero mi padre dice que no quiere un ministerio mixto, un ministerio de transición, como él le llama.

— ¡ Oh ! ¡ Regina, Regina ! qué cosa tan buena es la política cuando sois vos quien habla de ella... Continuad, os escucho.

— Mr. de Chateaubriand, que estaba en desgracia desde una carta que escribió al rey tres días antes de la famosa revista de la guardia nacional en que se gritó : « ¡ Abajo los ministros ! » Mr. de Chateaubriand, que se había retirado á Roma en medio de las ruinas, va á recibir sus cartas de embajador ; en fin, se está operando, como dicen, un cambio de política.

— ¿ Y á vos, querida Regina, qué os han nombrado entre todo eso ?

— Yo estoy nombrada guardiana del hotel del boulevard de los Inválidos, mientras que mi padre va á ser probablemente nombrado gobernador del castillo, y que Mr. Rappt lo ha sido ya de enviado extraordinario cerca de S. M. Nicolás I.

— Eso es precisamente lo que yo temo, que la embajada no se desgracie.

— Al contrario, está segura ; se quieren alejar de la alianza inglesa y acercar á la rusa : ganarian en esto las provincias del Rhin y se contentaría á la Prusia á expensas de la Inglaterra... ¡ Ah ! todo eso ¿ está claro ?

— ¡ Bien me habéis aturdido ! ¡ Cómo puede haber todo eso en vuestra encantadora cabeza, Dios mio ! y si no me dejáis besar vuestra frente, mi bella Regina, creeré que se ha llenado de arrugas.

Regina echó atrás la cabeza para que Petrus pudiera convencerse de que no había envejecido de cincuenta años desde la vispera.

Petrus besó no solamente su bella frente de nácar, sino también sus hermosos ojos de terciopelo.

Una cosa parecida á un gemido se escapó de la boca del joven.

Regina se alejó vivamente.

Habia sentido conmoverse en sus labios el aliento de Petrus.

Petrus la miró con un gesto suplicante, y ella volvió por sí misma á suspenderse de su cuello.

— ¿ De manera, murmuró Petrus, que al fin de la semana él se marchará y vos quedaréis libre ?

— Si, amigo mío.

— ¡ Oh ! ¡ qué lejos está aún ese fin de la semana ! De aquí á entonces, entre los días, entre las noches, entre las horas, entre los minutos hay lugar para una desgracia.

Y el joven que parecía agobiado por un presentimiento terrible, se dejó ir hacia un banco de césped, llevando á Regina á su lado.

El grupo encantador se sentó dulcemente como si aquellos dos cuerpos no hubieran formado más que uno solo.

La cabeza de Regina se encontró sobre el hombro de Petrus. Quiso hacer un movimiento para retirarla.

— ¡ Oh ! Regina, murmuró Petrus.

Y la cabeza volvió á caer.

Estaban los dos tan bien allí, que el tiempo transcurrió sin que ni uno ni otro se notasen su huida.

De repente el ruido de un carruaje se oyó : Regina levantó la cabeza y prestó el oído.

Se oyó la voz del cochero que gritaba : ¡ la puerta !

La verja se abrió :

El ruido se acerca y el carruaje entra en el patio.

— ¡ Ya están ahí ! dijo Regina : es necesario que vaya á recibir á mi padre. ¡ Hasta mañana, querido Petrus !

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! murmuró Petrus, ¡ cuánto desearía quedarme aquí hasta mañana !

— Pero ¿ qué tenéis, pues ?

— No sé : siento una desgracia.

— ¡ Niño !

Y Regina tendió por segunda vez su frente á Petrus. Éste la tocó con los labios, y la joven desapareció por las sombrías calles de árboles, echando como un consuelo estas dos palabras al que abandonaba :

— ¡ Hasta mañana !

— ¡ Hasta mañana ! murmuró tristemente Petrus, como si en lugar de una promesa amorosa fueran aquellas palabras una amenaza de desgracia.

Cinco minutos después oyó Petrus pasos que se acercaban á él y la voz de Anita que decía :

— Ya está abierta la puerta pequeña.

— Si, si, allá voy, mi buena Anita, contestó Petrus haciendo un esfuerzo para levantarse de su sitio.

Y enviando alma y vida en un beso á Regina, llegó á la puertecita y salió sin ser visto.

Su coche le esperaba á unos cien pasos.

Volvió á su casa y preguntó á su criado noticias del capitán.

El capitán había llegado á casa á las diez pidiendo también noticias de Petrus, y cuando dijeron que había salido le esperó más de una hora en el estudio.

Á las once y media viendo que Petrus no volvía, se había retirado á su habitación.

Petrus, atormentado por una vaga inquietud, bajó y llamó á la puerta.

No respondieron.

Llamó de nuevo.

Igual silencio.

Ó dormía el capitán ó había salido.

Petrus subió nuevamente á su habitación.  
 Paseó largo tiempo de su estudio á su alcoba.  
 El capitán había marcado su huella en el estudio.  
 Había una lámpara ardiendo y un tomo de Malebranche abierto sobre una mesa.  
 En fin, Petrus se decidió á retirarse á su habitación.  
 Pero se ahogaba: abrió la ventana y respiró algunos minutos el aire ya frío de la noche.  
 Aquel fresco nocturno le calmó un poco.  
 Por fin se acostó.  
 El sueño tardó en complacerle, y después de que llegó fué un sueño agitado, intermitente, febril.  
 Hacia las cinco de la mañana, triunfó, sin embargo, el cansancio.  
 Á las siete llamaron de repente á la puerta.  
 Vió entrar Petrus á su criado, y se inclinó bruscamente.  
 — ¿Qué hay, Juan? preguntó.  
 — Una señora, cubierta con un velo, desea hablar al señorito, dijo Juan.  
 — ¿Una señora cubierta con un velo... á mi?  
 — Una señora cubierta con un velo, y á vos.  
 — ¿La conoces? preguntó Petrus.  
 — ¡Oh! señor... no ha dicho su nombre... pero...  
 — ¿Pero... qué?  
 — Creo que...  
 — ¿Qué crees? veamos, concluye.  
 — Creo que es madama la princesa.  
 — ¿Crees que es Regina?  
 — Sí, señor, estoy seguro de ello.  
 — ¡Regina! exclamó Petrus, saltando de su cama y poniéndose rápidamente un pantalón y una bata, ¡Regina aquí á estas horas! ¡Necesariamente ha sucedido alguna

catástrofe! ¡Oh! ¡mis presentimientos, mis presentimientos!  
 Petrus se había vestido rápidamente.  
 — Que suban, dijo; espero en el estudio.  
 El criado bajó.  
 — ¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuraba Petrus casi loco, ¿me habrías enviado el presentimiento de una desgracia? ¿qué puede haber sucedido?  
 En aquel momento la mujer cubierta apareció en el umbral. El criado la seguía.  
 No se había engañado.  
 Al través de su velo, Petrus reconoció á Regina.  
 — Salid, dijo al criado.  
 Juan obedeció, cerrando la puerta en cuanto hubo pasado la mujer á quien guiaba.  
 — ¡Regina! gritó Petrus lanzándose hacia la joven que parecía vacilar, ¡Regina! ¿sois vos, en efecto?  
 Regina, porque ella era, levantó su velo y dijo:  
 — Yo soy, Petrus.  
 Petrus retrocedió dos pasos al ver la careta de mármol, ó por hablar más claramente, el semblante pálido, livido, de la condesa Rappi.  
 ¿Qué había, pues, sucedido?